

ALEJANDRO ROSALES MONDRAGÓN*

Discursos y contra-discursos en torno a la locura en la novela *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza

Discourses and Counter-discourses around Madness in the Novel *Nadie me verá llorar* by Cristina Rivera Garza

Resumen

En el presente escrito se lleva a cabo un análisis de la forma en que se presentan los discursos y contra-discursos en torno a la locura en la novela *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza, a partir de los elementos de análisis referidos al orden del discurso, el sujeto, el dispositivo, las arqueologías del saber, la literatura y las tecnologías del yo, principalmente desde la perspectiva de Michel Foucault.

Palabras clave: Discurso, locura, dispositivo, sujeto, literatura contemporánea, tecnologías del yo

Abstract

In this paper, an analysis is carried out of the way in which the discourses and counter-discourses around madness are presented in the novel *Nadie me verá llorar* by Cristina Rivera Garza, based on the elements of analysis referred to the order of the discourse, the subject, the device, the archaeologies of knowledge, literature and the technologies of the self, mainly from the perspective of Michel Foucault.

Key words: Discourse, madness, dispositive, subject, contemporary literature, technologies of the self

Fuentes Humanísticas > Año 35 > Número 67 > II Semestre > julio-diciembre 2023 > pp. 83-94.

Fecha de recepción 07/12/2022 > Fecha de aceptación 07/07/2023

mondragonalejandro@hotmail.com

* Centro de Estudios Superiores de México y Centroamérica (CESMECA), Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH).

Introducción

El argumento de la novela se centra en la relación de Matilda Burgos, una prostituta encerrada en el manicomio de La Castañeda y Joaquín Buitrago, fotógrafo de locos que trabajaba en el mismo lugar. “¿Cómo se convierte uno en loca?” (Rivera, 2016, p. 25) es la pregunta que Joaquín Buitrago hace a Matilda Burgos, crucial en el tejido discursivo dentro de la obra, ya que coloca el énfasis en la historia más allá de la constitución nosológica del diagnóstico. Negrete (2013, p. 95) indica que esta interrogante es:

La alusión implícita a los actos de rememoración y narración que la mujer, desde su locura, realizará ante Joaquín, misma que coloca la perspectiva narrativa en el pasado que este irá reconstruyendo.

El pasado no es una historia coagulada en la memoria del archivo, sino que está sujeta a resignificarse a través del discurso.

El contexto histórico de la novela *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza se puede rastrear en el trabajo titulado *La Castañeda* (2022) de la misma autora. En donde a partir de análisis archivístico reflexiona sobre los hechos históricos ocurridos en la fundación del conocido manicomio en 1910. Los métodos disciplinarios se regían bajo las teorías y perspectivas de la psiquiatría en boga; en ambos trabajos se hace una crítica a los postulados de Julio Guerrero vertidos en el documento *La Génesis del crimen en México* (1901) que dan cuenta de la forma en que se relaciona el discurso científico con el de la moral católica, pues al mismo tiempo que enarbola la ciencia moderna

menciona que es “el misticismo católico todavía una fuerza activa del progreso humano, alta y poderosa, que en el recinto de sus templos coadyuva a la moralización de las inteligencias inferiores” (p. 275). Esta conjunción se hacía evidente en los diagnósticos, quizás el más paradigmático era el de locura moral. El manicomio, visto así, era más una medida de índole disciplinaria que un recinto beneficioso para los internos vistos como criminales y pecadores, articulación consustancial a los diferentes rostros que muestran la locura construida por el discurso científico (Foucault, 1976). El personaje de Eduardo Oligochea tiene un lugar angular en la novela *Nadie me verá llorar*, es el médico internista que diagnostica y encierra a Matilda Burgos en el hospital psiquiátrico La Castañeda; en este personaje es en quien la autora sitúa el discurso médico y la mirada disciplinaria que constantemente pugna por ubicar a Matilda del lado de la sinrazón, el vicio y la desvalorización. A la par; los tíos de Matilda, Marcos Burgos y Columba Rivera, hacen efectivos los postulados de Julio Guerrero (1901) que encadenan la locura al crimen y la abyección.

Rivera (2016) logra delinear los discursos contrapuestos en torno a la locura y enfermedad mental. En primer lugar, se observa cómo el discurso científico-hegemónico edifica el dispositivo desde el cual se construye la noción de normalidad a través de la diferenciación semántica que se establece con el concepto de locura. De esta forma, el diagnóstico psiquiátrico no tiene como objetivo identificar una enfermedad, sino reproducir un sistema ideológico que construye relaciones imaginarias entre características que no

tienen, materialmente, nada en común (Foucault, 2016; Braunstein, 2013; Althusser, 1974).

La primera complicidad con el mundo se fundamenta en la posibilidad de nombrarlo, darle forma, clasificarlo y jerarquizarlo; lo que Foucault (2004) denominó el orden del discurso. Este orden tiene la facultad de construir un dispositivo a partir de la tecnología del poder que *dispone* de la vida de los seres humanos; sin embargo, este dispositivo encuentra oposición en el sujeto que, históricamente, ha tenido su fuente de resistencia en el cuerpo y los placeres (Foucault, 1977).

Por lo anterior, imponer un orden discursivo resulta medular. Establece las leyes que controlan los acontecimientos aleatorios, ubicándolos en categorías que puedan ser dominadas (Foucault, 2004). Es decir, lo que se adjudica el “dispositivo” es el poder de nombrar. Braunstein (2013, p. 29) señala que el diagnóstico en psiquiatría es performativo, el problema de las enfermedades mentales es que se les hace existir por el solo hecho de nombrarlas. No se debe olvidar que el lenguaje no solo tiene fines descriptivos, sino, sobre todo, tiene la capacidad de crear (Austin, 1971). El enunciado psiquiátrico no connota ningún tipo de veracidad o falsedad, sino que la oración implica en sí misma una acción: unir el nombre a la cosa o, en otras palabras, unir el diagnóstico a la persona.

Diagnosticar es un acto de habla como lo es el de bautizar, tal y como lo definió Austin (1971), para quien decir no es figurar lo representado, sino que el decir implica la realización de una acción. De este modo, el psiquiatra bautiza al sujeto como loco o enfermo mental. Kripke (1995) afirma que el nombre está asocia-

do a una familia de caracterizaciones, más allá del significado de lo nombrado, además existe ya una serie de relaciones semánticas que se introduce en el imaginario de quien lo lee o escucha. Es así como el diagnóstico coloca al sujeto dentro de todo un universo semántico al que será asociado.

El significado de locura se modifica con el paso del tiempo, motivo por el cual Foucault (1976) arguye que, en la medida que la definición sea más imprecisa, la figura del loco será mejor reconocida. Podríamos no saber exactamente qué es la locura, pero sí sabemos lo que es un loco. Para Wittgenstein (2021), los nombres designan un elemento de la realidad que no puede destruirse, es más, éste permanece idéntico independientemente de todos los cambios. Es el elemento central inscrito en el lenguaje como forma de vida y da unidad a los elementos adyacentes. La definición de locura o enfermedad mental podrá cambiar, pero el nombre permanece y con él todos los imaginarios que lo acompañan.

Así como se encuentra el diagnóstico como discurso asociado a las relaciones de poder, en la obra de Rivera (2016) también se observa un contra-discurso, que permite al sujeto ubicarse existencialmente más allá del dispositivo que lo sujeta a la noción de locura y enfermedad mental. En primer lugar, se encuentra el discurso literario que replantea las relaciones entre lenguaje y locura. La literatura y la locura poseen una dimensión metalingüística, más allá de las fronteras y disposiciones que encierra el universo lingüístico, trascienden la significación.

Con respecto a la novela, Martínez (2023) refiere que el lenguaje “les permite a las protagonistas sentirse vivas, y

encontrarle sentido a su existencia. En todos los casos, es un lenguaje desquiciado con la capacidad de sacar de quicio o trastornar a todo aquel que intente controlarlo o asirlo" (p. 20). De este modo, se invierte la lógica del trastorno: el dispositivo es burlado, se queda fuera de la posibilidad de entender al sujeto, quien toma al lenguaje como su propia herramienta de defensa y resistencia. En esta misma tesitura, Foucault (2008) apunta que las *tecnologías del yo* dan pauta a los individuos para poder resignificar las relaciones de poder, símbolos y significados, para tomar por medio de ellos mismos y de los otros el control sobre su cuerpo, pensamientos y su forma de existencia. Agrega que las tecnologías producen y transforman las cosas; así como los signos, sentidos, símbolos y significaciones; dominan a los otros. Sin embargo, también están las *tecnologías del yo* que:

[...] permiten a los individuos efectuar, por cuenta propia o con la ayuda de otros, cierto número de operaciones sobre su cuerpo y su alma, pensamientos, conducta, o cualquier forma de ser, obteniendo así una transformación de sí mismos con el fin de alcanzar cierto estado de felicidad, pureza, sabiduría o inmortalidad (Foucault, 2008, p. 48).

Para Butler (2009) también el lenguaje tiene características performativas, posee una agencia que actúa a favor o en contra del sujeto. Al nombrar también se provee de una reelaboración de presencia social. Aunque la vida está por encima de las posibilidades del nombre, éste inaugura nuevas formas de relación con el mundo.

La importancia del nombrar

A lo largo de la obra se coloca a Matilda Burgos en el campo de la locura y enfermedad mental, el dispositivo se apoya del orden del discurso médico como campo del saber. Los personajes del doctor Eduardo Oligochea, Marcos Burgos y Columba Rivera son centrales para entender la forma en que el discurso médico observa, nombra y clasifica la locura, la cual está, por supuesto, en el orden de la enfermedad.

El doctor Eduardo, médico que recibe a Matilda en el manicomio de La Castañeda parece ser un experto en el oficio del diagnóstico, el expediente y el archivo. De acuerdo con los postulados de Austin (1971) se puede decir que la bautiza como loca. Está convencido que Joaquín no ve la realidad en la historia de Matilda:

—¿De qué me está hablando, Buitrago? ¿Es que no leyó su expediente? Vea. Chancros sifilíticos. Bubas. Placas en el labio inferior. Consumo de éter. ¿Y no ha notado su logorrea al hablar? Ésa es su historia. La única historia. La historia real y no su romanticismo trasnochado, Joaquín. No es que yo no sepa oír, lo que pasa es que usted está oyendo voces que no existen (Rivera, 2016, p. 120).

Joaquín no puede ver la realidad señalada por el doctor Eduardo, porque el doctor la crea en la medida que la enuncia. Obsérvese que en el mismo enunciado semánticamente se relacionan los chancros sifilíticos, el consumo de éter y la logorrea al hablar; como si todas esas entidades tuviesen una relación natural dentro del expediente. El archivo tiene un lugar fundamental como modo de ordenar el dis-

curso. Es una entidad aparentemente carente de subjetividad en donde son:

[...] los discursos mismos los que ejercen su propio control; procedimientos que juegan un tanto en calidad de principios de clasificación, de ordenación, de distribución, como si se tratase en este caso de dominar otra dimensión del discurso (Foucault, 2004, p. 25).

Una especie de texto sagrado en el cual no se atisban fisuras, está cerrado sobre sí mismo, no es viable interpelarlo puesto que habla desde el lugar del saber absoluto. Nos encontramos ante una paradoja en la que el archivo clínico, más que para ser leído, está hecho para ser obedecido (Melich, 2019). El expediente, en tanto archivo, produce un sentido determinado por la estructura del sistema, por tanto, no sólo es el documento en sí o la suma de estos, sino las fuerzas internas que agrupan y excluyen enunciados (Foucault, 2002).

Por eso, para Eduardo Oligochea que ha aprendido de sus maestros el arte de diagnosticar y clasificar, la realidad es la del discurso médico, poco le importa la historia de Matilda ni los vaivenes que la colocaron en la situación en la que se encuentra. El expediente le permite:

[...] crear apartados y subapartados que coinciden con su propio plan arquitectónico mental. La simetría tal vez. La claridad. La uniformidad de criterios que proponen las clasificaciones lo hacen respirar con alivio

Nos dice Rivera (2016, p. 112); añadiendo que con ello se crean "puentes invisibles"

entre los enfermos y sus síntomas para tener una justificación de estar juntos en La Castañeda.

Desde la mirada del doctor Eduardo, en Matilda hay elementos suficientes para unir de forma lógica la locura a la prostitución. La veracidad de las historias que cuenta son puestas en duda por su moral. Es decir, el argumento parece precisar que si se cuestiona la moral de Matilda también es posible cuestionar su razón, al no existir la primera, la segunda queda anulada:

Pero todos los síntomas de Matilda indican demencia. La verborrea, el sobresalto, el exceso de movilidad, la anomalía de su sentido moral. No me vaya a decir que cree en la veracidad de sus historias. ¿Una mujer como ésa trabajando en el Teatro Fábregas, en la ópera de Bonesi? No. Imposible. ¿De qué me está hablando, Buitrago? (Rivera, 2016, p. 120).

Como se ha dicho, el doctor Eduardo ha aprendido a ver la realidad desde la clasificación, teniendo como instrumento el expediente-archivo, en donde las palabras pertenecen a campos semánticos que las hacen familiares. Un concepto-nombre no camina en la soledad, se acompaña de otros que le otorgan un sentido y significado (Kripke, 1995). Hay palabras por las que Eduardo tiene especial predilección, como lo son "delirio" e "implacable", también le gusta la forma en que suena la palabra "hebefrénica" y la ponderación del término "etiología". Existen diagnósticos que le parecen hilarantes como "locura razonada" o "psicosis masturbatoria", en cambio prefiere:

Toxicomanía, histeria, esquizofrenia. Ésos son los nuevos nombres para quienes han perdido el deseo por la vida. Una de las debilidades del doctor Oligochea es el orden. Tanto en su escritorio como dentro de su cabeza los objetos y las palabras se mueven con ritmos metódicos, siguiendo patrones rigurosos pero nimbados de armonía (Rivera, 2016, p. 110).

El doctor Eduardo Oligochea, asume desde la postura positivista que debe prescindir de la subjetividad del médico. Al igual que Julio Guerrero (1901), piensa que los psiquiatras aún son rudimentarios ya que parecen poetas, filósofos o dramaturgos. En sus diagnósticos hay adjetivos que evidencian su posición subjetiva. Eduardo, en cambio, se precia de ser un científico, él busca una forma “de explicar la vida del cerebro y la conducta de los hombres basada en experimentos llevados a cabo con aparatos en buen estado” (Rivera, 2016, p. 47).

Eduardo Oligochea es un hombre que pocas veces deja pasar una oportunidad de ejercer su poder. —No vale la pena arriesgar su trabajo por ella, don Joaquín. Es lo único que usted tiene después de todo y la pobre mujer está loca. Deje de hacer el ridículo. ¿Cree que nadie se da cuenta? (Rivera, 2016, p. 165).

A fin de cuentas, la ciencia psiquiátrica está hecha de metáforas, la locura es una de ellas, quizá la más exitosa, ya que ofrece un sinnúmero de posibilidades de relación (Foucault, 1976). Por ello, es que Eduardo previene a Joaquín de seguir a Matilda, puesto que ella se encuentra del lado del error y la sinrazón.

El tío de Matilda, el médico Marcos Burgos, del mismo modo que Eduardo; piensa que la falta de higiene, la inestabilidad familiar, la promiscuidad, así como “el desmedido gusto por el alcohol y otros vicios, y hasta la costumbre de comer alimentos demasiado picantes hacían de este grupo una amenaza real para el país” (Rivera, 2016, p. 135). Colocaba en el mismo lugar a alcohólicos, prostitutas y demones, pues estos sujetos no suponían una perspectiva de progreso sino de retorno al pasado. La solución iniciaba por tener más manicomios, orfanatos y hospitales, sin embargo, era apremiante el establecimiento de escuelas disciplinadas y programas de higiene durante el porfiriato.

El dispositivo al que se suma Marcos Burgos requiere clasificar para posteriormente corregir, no obstante, si el encierro antecede a la locura, es de llamar la atención aquella ciencia médica en la cual se tiene la cura y después se inventa el diagnóstico. Detrás del alcoholismo y la prostitución no existen signos, es decir, elementos objetivos que evidencien la presencia de una enfermedad orgánica, lo que se percibe son una serie de características que se articulan en función de una moral, una idea sobre la forma en que debe vivir una sociedad: una ideología.

El diagnóstico de locura es entonces lo que permite agrupar las características que parece apremiante tener que combatir. Al respecto Rivera (2016, p. 139) menciona que:

Matilda pronto se convirtió en la personificación misma del enemigo al que, más que derrotar, había que subyugar, convencer, domesticar. Como todos los léperos, Matilda tenía en contra su propio legado genético, pero en los albores

del siglo el doctor Burgos todavía estaba convencido de que un ambiente adecuado, regido por la disciplina, la higiene y la educación, podía, si no cambiar drásticamente, al menos pulir las aristas más afiladas de su naturaleza maligna.

La vida humana es vista desde un punto de vista instrumental, tratada en el campo de saber médico que tiene la capacidad de poder identificar “el bien” (la salud) y “el mal” (la enfermedad). En el caso de Matilda Burgos, el tío Marcos piensa que es necesario cambiar su naturaleza maligna. La educación, la higiene y la educación tienen la facultad de desechar el mal que habita su propio legado genético. Braunstein (2013) afirma que los procedimientos que se hacen desde el “dispositivo” imponen una tecnología sobre el manejo del cuerpo y el alma. El discurso médico sustentando en la psiquiatría y disciplinas adyacentes se impregna de motivaciones higiénicas. A los comportamientos que se apartan de las reglas estipuladas por la moral se les designa como trastornos o enfermedades mentales.

En el personaje de la doctora Columba Rivera, esposa de Marcos Burgos se aprecia otra particularidad en torno al discurso. En el enfermo, el médico ve el reflejo de su propia salud, el acto de nombrar lo excluye del mal. Columba Rivera quien atiende prostitutas en Morelos, se erige como parte de la decencia, el decoro y la limpieza en la medida que tiene la facultad de identificar la enfermedad de los otros cuerpos, la cual es decodificada en torno a las buenas costumbres. La sífilis no es solo una enfermedad física, sino que en la red de significaciones se asocia al vicio.

Al examinar sus rostros ajados por el vicio y abrir sus sexos infectados de bubas y chancros lo único que Columba puede ver es su piel lozana y perfecta, el immaculado color rosa de su propio sexo. La doctora Rivera necesita a sus pacientes tanto como ellas requieren de sus cuidados. Columba sólo puede confirmar el valor de su propia vida frente a la infección de los otros cuerpos. La sífilis siempre acaba por darle la razón (Rivera, 2016, p. 147).

Frente a los sexos infectados el cuerpo de la doctora Columba Rivera es resignificado como immaculado. Requiere de la enfermedad (el mal) depositado en el cuerpo de las enfermas para construir la imagen sana (el bien) de sí misma. Su cuerpo se instala como una unidad lingüística jerarquizada sujeta a ser interpretada en contraposición a los otros cuerpos (Benveniste, 1997).

Las formas patológicas implican a los seres humanos como unidad. Las fronteras entre la enfermedad mental y la física, aunque podrían parecer claramente delimitadas no lo están, constantemente se implican (Foucault, 2016). Detrás de la sífilis que la doctora Columba Rivera diagnóstica y trata en sus enfermas, hay toda una relación con el mundo en donde las fronteras de lo moral, lo psicológico y físico se desdibujan.

El contra-discurso: de la literatura a las tecnologías del yo

Foucault (2015) plantea que la literatura hace patente la cercanía que existe entre la locura y el lenguaje, refiriendo un parentesco desde donde no es posible

distinguir uno de otro. En ambos, hay una intención de hacerse entender, para lo que es neural que exista una escucha, que el lenguaje se dirija hacia alguien. De ahí que Freud (1985) otorgara una importancia fundamental a la escucha como vía de transformación subjetiva.

Joaquín Buitrago, en contraposición al discurso médico, escucha desde otro lugar; el lugar de la historia de Matilda. Al preguntarle: "¿Cómo se convierte uno en loca?" (Rivera, 2016, p. 25), no apela al juicio ciego del dispositivo y el archivo que emiten como sentencia el delirio, la locura, la histeria, etcétera. Joaquín está a la escucha, participa de la sensibilidad en la historia de Matilda. Una de las primeras formas de trabajar con el otro tiene que ver con escuchar sus problemas y trabajar en su formulación para preguntarse de alguna forma ¿qué dice aquel al que se le supone loco?, ¿cómo es su vida en el psiquiátrico? y ¿cuál es su experiencia? Esto no se construye desde el saber profesional, lo enseña el arte de vivir. Lo que es un aprendizaje de sí por sí mismo, un aprendizaje que incluye "los exámenes de conciencia, las meditaciones, el silencio y la escucha de los otros" (Foucault, 2013, p. 149).

Cuando Matilda Burgos se hace escuchar por Joaquín reconfigura la experiencia del tiempo y los acontecimientos, permitiendo la apertura del horizonte de la existencia (Ricoeur, 2004). En su decir hay cierta significación que se escapa al universo cerrado del lenguaje. La literatura permite atravesar la razón detrás de los signos, para "enturbiar su sentido más familiar y, por el mero y maravilloso fluir de unas cuantas palabras que se entrecocan, poner el mundo al revés" (Foucault, 2015, p. 54). Las categorías del

diagnóstico son desarticuladas por el devenir de la palabra. La subjetividad como sede del contra-discurso no se deja atrapar, encuentra los poros del dispositivo que la emplaza a la normalidad.

Por un lado, la escucha implica la memorización de lo escuchado convirtiendo las afirmaciones en imperativos de conducta, es una forma de subjetivar usando las técnicas de control. En contraposición, está el arte de escuchar relacionado con el hecho de no estar bajo el control de los otros, de tener que escuchar para tener el logos (Foucault, 2008, p. 69).

Nancy (2007) afirma que estar a la escucha constituye una expresión asociada al espía o detective que escucha sin ser visto, esto es, atento a la resolución de un enigma. Así que, detrás de la pregunta "¿Cómo se convierte uno en loca?" (Rivera, 2016, p. 25), lo que se quiere resolver es el enigma de la locura de Matilda Burgos. Para resolver el enigma de su historia y no ser atrapada en los discursos de poder en los que se encuentra inmersa. A diferencia de la certeza del diagnóstico, la pregunta como propuesta de enigma "obliga a estudiar las propiedades del objeto, de esta forma se revelan las diferentes posibilidades de combinación" (Sklovski, 1973, p. 57). No interesa tanto la solución sino el recorrido que permite la resignificación de la trama en la que se encuentra inserta la historia de Matilda.

Al responder a la pregunta "¿Cómo se convierte uno en loca?" (Rivera, 2016, p. 25) de Joaquín Buitrago, Matilda hace alusión al discurso, un discurso desordenado que no puede tener un agente de unificación, ni siquiera ella misma. Como si las palabras adquirieran vida propia. A decir de Wittgenstein (2021) el lenguaje es una forma de vida, pero en este caso, separa-

da del sujeto que pronuncia las palabras; una forma de vida alienada:

“¿Todavía quiere saber cómo se convierte uno en una loca, Joaquín?” Si pudiera descansar, si pudiera callar. Las palabras salen a borbotones durante sus días exaltados. No puede contenerlas ni disuadir las y todas a la vez, la obligan a tartamudear. Algunas frases quedan inacabadas para siempre, interrumpidas por la marea de otras similares (Rivera, 2008, p. 236).

La locura ya no es más un aparato de coacción moral, Matilda da cuenta de su posición como sujeto, incluso, atravesado por el desorden discursivo. Nótese que no hay una categoría como camisa de fuerza, sino una experiencia a partir de la cual se narra.

Joaquín también se pregunta por su existencia, cuando Matilda le revira: “¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de putas?” (Rivera, 2016, p. 194). Con esta pregunta se descubre el dolor de Joaquín y el lazo que los une, pues “El hombre era un perdedor y, como ella, un miembro más de la legión de los derrotados” (Rivera, 2016, p. 194). Se podría decir que los dos forman parte de los monstruos, los incorregibles y los onanistas que Foucault (2007) definió como anormales, pues la delincuencia, la locura y la sexualidad horadan sus historias.

Matilda y Joaquín asumen una postura ética que les ayuda a forjar su subjetividad, sus verdades e incluso la posibilidad de practicar el ejercicio de libertad. Para ello tienen que reconocerse a sí mismos. Hacerse preguntas para apropiarse de su vida. Construyen una postura sin que ésta sea:

[...] entendida como en una razón normativa, sino por el contrario, es en una manifestación de un conjunto de prácticas que, al potenciar la relación del sujeto consigo mismo, cultivan la existencia, la verdad y la subjetividad moral (Sosa, 2010, p. 42).

Por supuesto, la verdad no está en el sujeto, en el caso de Matilda y Joaquín tienen que construir esta verdad conjuntamente a partir del cuestionamiento de sí y del otro.

Llega un momento de la historia en que al doctor Eduardo Oligochea también se le proponen enigmas, sacándolo del lugar como eje articulador de los discursos de poder, se le pregunta por sí mismo, por su posición de sujeto más allá del mero lugar como instrumento del dispositivo. Joaquín le pregunta:

¿Y usted, doctor, qué opinión tiene sobre las historias de amor? —¿Qué piensa del futuro, doctor? —¿Y usted, Eduardo, sabe cuáles son los límites del dolor? (Rivera, 2016, p. 121).

Este cambio, lo sitúa en un lugar con respecto a la posición de sujeto, lo deja fuera de la construcción social que implica el discurso médico psiquiátrico, para colocarlo en el estatuto de sujeto histórico en donde tiene que hacerse cargo de sí, respondiendo al amor, el futuro y el dolor. Hay un cambio en la forma en que Joaquín se dirige a él, lo nombra; pasa de ser *doctor* a Eduardo.

A Matilda también la interpela su nombre, tiene la sensación de enfrentar el vacío, entre la fuerza que ejercen los discursos y la del impulso que la lleva a escapar y resistirse, su identidad se encuentra cuestionada. ¿Qué hay detrás de

su nombre? Para Matilda su propio nombre es incierto, se pregunta: "¿Quién es Matilda Burgos? Matilda Burgos soy yo'. El pronombre, como muchas otras cosas, cada vez tiene menos firmeza, un poco más de desazón" (Rivera, 2008, p. 128). Es por eso por lo que se tiene que reinventar a través de acto de nombrarse.

Matilda no solo estaba acechada por los médicos, sino también por los licenciados que conjuntamente crearon un reglamento para poder controlar la prostitución. Sin embargo, la primera intención fue un fracaso ya que las *insometidas*, como se les hacía llamar al grupo de prostitutas en el que se encontraba Matilda, lograban evadir la ley por medio de la astucia. Había una resistencia por parte de aquellas a las que se había dejado al margen de la sociedad. No estaban dispuestas a dejarse controlar, es decir, habían decidido tomar por cuenta propia los ordenamientos de su oficio. Dentro de la novela se reivindica el nombre de las *insometidas* como una forma de transformar los símbolos y significaciones, se convierte en una especie de hacer uso de las *tecnologías del yo*, donde el devenir de las relaciones semánticas queda a cargo del propio sujeto (Foucault, 2008).

Matilda se hizo ganar el apodo de "La Diabla" por su temple guerrero que la llevó a enfrentar a clientes y policías, haciendo valer sus derechos laborales y los de sus compañeras. Decidió bautizarse con ese nombre, el cual no solo describe su ferocidad al confrontarse con la ley, sino que creaba con ello un personaje; forja una forma de estar en el mundo. Esta es una acción performativa que tiene que ver con las diferentes vías en que las que el sujeto es habilitado para su reconocimiento (Butler, 2009).

Las características por las que gana ese nombre son compatibles con aquellas a las que hace alusión el doctor Eduardo cuando la refiere como loca, pero la forma de otorgar el nombre a la unidad semántica que la identifica es distinta. Por lo tanto, también es la manera en que ese nombre es reconocido por los otros. A diferencia del diagnóstico, su sobrenombre tiene una historia.

A modo de conclusión

La aproximación a la obra *Nadie me verá llorar*, de Cristina Rivera Garza, permite analizar la manera en que los discursos y contra-discursos luchan por el sentido dentro de la obra. En primer lugar, se observa cómo los diagnósticos dictados por los personajes Eduardo Oligochea, Marcos Burgos y Columba Rivera figuran como instrumentos discursivos que conforman un dispositivo que tiene por objeto clasificar y capturar al sujeto en categorías sobre las cuales se ejerce poder a través de los métodos disciplinarios y de control basados en la higiene. En la obra, se aprecia que la locura es una entidad lingüística que agrupa elementos que no tienen de manera natural nada en común, pero que pueden ser asociados por medio de los imaginarios sociales con lo que se fabrica un ideal de sociedad.

En segundo lugar, en la novela se articulan contra-discursos que hacen frente al orden discursivo hegemónico. Con las preguntas: "¿Cómo se convierte uno en loca?" (Rivera, 2016, p. 25) y "¿Cómo se convierte uno en un fotógrafo de putas?" (Rivera, 2016, p. 194), Matilda Burgos y Joaquín Buitrago resignifican su historia, la resolución del enigma los identifica

como sujetos fuera del orden social. Matilda se posiciona subjetivamente al margen del discurso psiquiátrico; escapa a sus categorías, la locura se transforma en ficción. El acto de nombrarse se torna performativo al situarse como la “La Diabla” o una de las *insometidas*, cambiando las relaciones de significación en las que se encuentra ubicada. El nombre no viene desde afuera, el acto de habla asociado al bautismo es ejecutado por ella misma.

De esta forma la locura en la novela *Nadie me verá llorar* puede significar un estado patológico asociado a la enfermedad, pero también una especie de fuga al orden discursivo hegemónico, haciendo uso de las mismas herramientas asociadas al acto de nombrar. Es claro, que la crítica de Rivera (2016) no se circunscribe únicamente a la novela, sino a la forma en que históricamente se relacionan las nociones de locura, discurso y sujeto.

Bibliografía

- Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Nueva visión.
- Austin, J. (1971). *Cómo hacer cosas con las palabras*. Paidós.
- Benveniste, E. (1997). *Problemas de lingüística general I*. Siglo XXI.
- Braunstein, N. (2013). *Clasificar en psiquiatría*. Siglo XXI.
- Butler, J. (2009). *Lenguaje, poder e identidad*. Síntesis.
- Foucault M. (2013). *La inquietud por la verdad: escritos sobre la sexualidad y el sujeto*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (1976). *Historia de la locura en la época clásica I*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2002). *Arqueología del saber*. Siglo XXI
- Foucault, M. (2004). *El orden del discurso*. Tusquets.
- Foucault, M. (2007). *Los anormales*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2008). *Tecnologías del yo*. Paidós.
- Foucault, M. (2014). *La gran extranjera para pensar la literatura*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2016). *Enfermedad mental y psicología*. Paidós.
- Freud, S. (1985). *Estudios sobre la histeria*. Amorrortu.
- Guerrero, J. (1901). *La Genesis del crimen en México. Estudio de psiquiatría social*. Imprenta de la vda de ch. Nouret.
- Kripke, S. (1995). *El nombrar y la necesidad*. Universidad Nacional Autónoma de México.
- Melich, J. (2019). *La sabiduría de lo incierto. Lectura y condición humana*. Tusquets.
- Nancy, J. (2007). *A la escucha*. Amorrortu.
- Rivera, C. (2016). *Nadie me verá llorar*. Tusquets.
- Sklovski, V. (1973). *La disimilitud de lo similar*. Alberto Corazon Editor.
- Wittgenstein, L. (2021). *Investigaciones filosóficas*. Trotta.

Hemerografía

- Martínez, M. (2023). Lenguaje desquiciado y silencios: las relaciones entre locura, lenguaje y literatura en *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 49(1).

Negrete, J. (2013). Archivo, memoria y ficción en *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza. *Literatura Mexicana*, 24(1).

Sossa Rojas, A. (2010). Michel Foucault y el cuidado de sí. *Revista Universitaria Arbitrada de Investigación y Diálogo Académico*, 6(2).